

JEFFREY ARCHER

**¿Se lo decimos
a la presidenta?**



Florentina Kane ha cumplido dos años como presidenta de los Estados Unidos. El 10 de marzo –falta sólo una semana– la asesinarán cuando vaya al Senado a defender el proyecto de ley sobre Control de Armas.

Se sabe que hay un senador relacionado con la conspiración, pero puede ser cualquiera entre cien. También hay un detective enamorado de la hija de un senador, y quizá la muchacha no sea tan inocente como parece. Cada día que pasa hay menos posibilidades de desbaratar el complot. Tal vez el único medio de descubrir a los culpables sea dejar que la presidenta cumpla el programa fijado para ese día.

Para Adrian y Anne

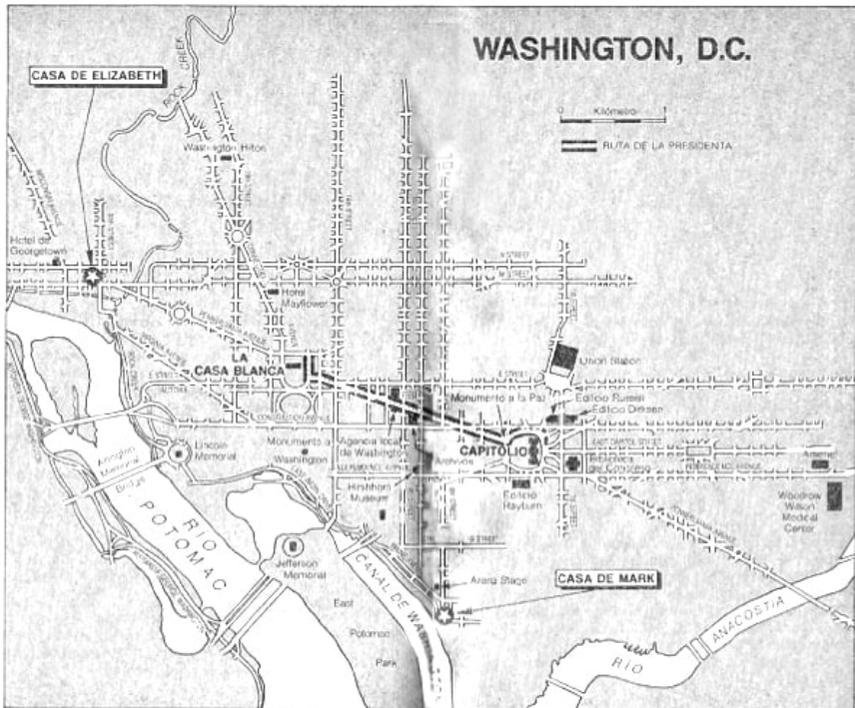
Los protagonistas y situaciones de esta obra son totalmente imaginarios, y no guardan relación con ningún personaje ni hecho de la vida real.

Nota del autor a la edición revisada

Cuando escribí esta obra, situé la acción en el futuro, a seis o siete años vista. Como ahora ese futuro ya pertenece al pasado, quedaba un poco perjudicada la credibilidad de la narración.

Desde entonces también escribí *La hija pródiga*, cuyo personaje principal, Florentina Kane, es la primera mujer en llegar a la presidencia de los Estados Unidos. Por tanto, al actualizar la presente novela me parece más lógico introducir a mi presidenta de ficción que conservar a Edward M. Kennedy, nombre de la vida real que era el centro de la novela originaria. Además, establezco así una relación natural con *La hija pródiga* y también con *Kane y Abel*.

En esencia, el argumento de la novela no cambia, aunque esta edición revisada y puesta al día contiene algunas modificaciones importantes así como otras de menor entidad.



Martes, 20 de enero

12.26 horas

- **Y**o, Florentina Kane, juro solemnemente...
- *Yo, Florentina Kane, juro solemnemente...*
- ... desempeñar con fidelidad el cargo de presidenta de los Estados Unidos...
- ... *desempeñar con fidelidad el cargo de presidenta de los Estados Unidos...*
- ... y guardar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos en la medida de mis facultades, con la ayuda de Dios.
- ... *y guardar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos en la medida de mis aptitudes. Así Dios me ayude.*

Con la mano apoyada todavía sobre la Biblia de Douay, el cuadragésimo tercer titular de la presidencia sonrió al presidente consorte. Terminaba una lucha y empezaba otra. Florentina Kane era una experta en la materia. Primero había sido la batalla por un escaño en el Congreso, luego el Senado, y cuatro años más tarde había sido la primera mujer en alcanzar la vicepresidencia de los Estados Unidos. Después de una dura campaña en las primarias, necesitó cinco votaciones para derrotar por estrecho margen al senador Ralph Brooks en la Convención Nacional Demócrata de junio. En noviembre sobrevivió a una batalla toda-

vía más enconada con el candidato republicano, un ex congresista por Nueva York. Florentina Kane fue elegida presidenta por un margen de 105.000 votos: apenas un uno por ciento, el margen más estrecho de la historia de los Estados Unidos, incluso más exiguo que la mayoría de 118.000 que diera la victoria a John F. Kennedy sobre Richard Nixon, allá en 1960.

Cuando hubieron cesado los aplausos, la presidenta aguardó a que terminase la salva de veintiún cañonazos. Florentina Kane se aclaró la garganta y se volvió hacia los cincuenta mil ciudadanos pendientes de ella en la Plaza del Capitolio, sin contar unos doscientos millones más que permanecían atentos a los televisores. Ese día no hacían falta las mantas ni los gruesos abrigos que solían acompañar a aquellas celebraciones, ya que pese a ser un día de finales de enero el tiempo era primaveral; las nieves navideñas habían desaparecido del césped situado frente a la fachada este del Capitolio, aunque la muchedumbre aún pisaba tierra mojada.

—Vicepresidente Bradley, señor presidente del Tribunal Supremo, presidente Carter, presidente Reagan, reverendos, conciudadanos todos...

El presidente consorte la escuchó con atención, sonriendo a veces cuando reconocía alguna palabra o frase propia en el discurso que había ayudado a pergeñar.

La jornada de ambos había empezado a las 6.30 de la mañana. Ninguno de los dos consiguió dormir bien después del espléndido concierto de la víspera de la ceremonia de investidura. Florentina Kane aprovechó para releer por última vez el mensaje presidencial; subrayaba en rojo las ideas principales e introducía algunos cambios menores.

Por la mañana, al levantarse, Florentina no necesitó mucho tiempo para elegir un vestido azul, el cual comple-

mentó con el pequeño broche que le había regalado Richard, su primer esposo, poco antes de morir.

Florentina le recordaba cada vez que se ponía aquel broche, y también recordaba cómo aquel día no pudo subir al avión por culpa de una huelga del personal de mantenimiento, lo cual hizo que alquilase un coche para poder estar al lado de Florentina cuando ésta pronunciara el discurso de la ceremonia de entrega de diplomas en Harvard.

Aquella alocución, que según *Newsweek* había sido la plataforma de lanzamiento de la presidenta, no llegó a escucharla Richard... porque falleció antes de que ella pudiera llegar al hospital.

Volvió al mundo real, en donde era la líder más poderosa de la tierra. Aunque todo aquel poder no bastaba para lograr que resucitase Richard. Florentina revisó su aspecto en el espejo. Estaba segura de sí misma. Al fin y al cabo, había ejercido el cargo durante casi dos años, desde la súbita muerte del presidente Parkin. A los historiadores les sorprendería descubrir que se había enterado de la muerte del presidente mientras intentaba meter la bola desde un metro veinte de distancia, jugando al golf contra su amigo de toda la vida y futuro esposo, Edward Winchester.

El partido quedó suspendido cuando los helicópteros empezaron a dar vueltas sobre sus cabezas, saliendo de uno de ellos un capitán de la Infantería de Marina que saludó militarmente y dijo: «Señora, el presidente ha muerto». Ahora el pueblo norteamericano había confirmado su voluntad de tener a una mujer como inquilina de la Casa Blanca. Por primera vez en la historia, los Estados Unidos habían elegido, por méritos propios, a una mujer para la primera magistratura del país. Al mirar por la ventana, esa mujer podía divisar las plácidas aguas del río Potomac brillando al primer sol de la mañana.

Salió de la habitación y se dirigió derecha al comedor privado, donde su esposo Edward charlaba con sus hijos, William y Annabel. Florentina besó a los tres antes de iniciar el desayuno.

Bromearon sobre anécdotas del pasado e hicieron conjeturas sobre el porvenir hasta las ocho en punto, en que la presidenta les dejó para encaminarse a la Oficina Oval. La secretaria de Prensa, Janet Brown, la esperaba en el pasillo.

–Buenos días, señora presidenta.

–Buenos días, Janet. ¿Todo en orden? –sonrió ella.

–Así lo creo, señora.

–Bien, pues... ¿Quiere encargarse de mi jornada como de costumbre? No se preocupe por mí, seguiré sus instrucciones. ¿Qué le parece que hagamos primero?

–Hay ochocientos cuarenta y dos telegramas y dos mil cuatrocientas doce cartas, pero tendrán que esperar, excepto si son de jefes de Estado. Tendré las contestaciones preparadas a las doce en punto.

–Póngales fecha de hoy, eso les gustará. Las firmaré todas tan pronto estén listas.

–Sí, señora. También tengo su programa. La jornada oficial comienza a las once con un café con los ex presidentes Reagan y Carter. Luego tendrá lugar la ceremonia de investidura, y después el almuerzo en el Senado, antes de presidir el desfile inaugural frente a la Casa Blanca.

Janet Brown le entregó un manojito de fichas de cartulina, cosidas entre sí, como venía haciendo desde quince años atrás, cuando Florentina ganó su primer escaño en el Congreso. Pasaron revista al programa presidencial, hora a hora, encontrándolo menos denso que de costumbre. Florentina memorizó brevemente el contenido de las fichas y dio las gracias a Janet Brown. Apareció entonces Edward Winchester, con la sonrisa mezcla de amor y de admiración que siempre tenía para Florentina. Ésta jamás se había arrepentido de su decisión casi impulsiva de ca-

sarse con él después del hoyo decimoctavo, en aquella jornada extraordinaria en que se supo la muerte del presidente Parkin. Estaba segura de que Richard hubiera aprobado tal decisión.

–Voy a despachar papeles hasta las once –le dijo, a lo que él asintió y salió para dedicarse a sus actividades del día.

Frente a la casa ya se había congregado un grupo de ciudadanos que acudían a manifestar sus buenos deseos.

«Ojalá llueva –pensó H. Stuart Knight, jefe del Servicio Secreto. Ése era uno de los días más importantes de su vida–. Sé que la mayoría de estas personas son inofensivas, pero estos trances me ponen nervioso».

El grupo estaba compuesto por unas ciento cincuenta personas, cincuenta de las cuales trabajaban para el señor Knight. El coche avanzado que siempre se adelanta cinco minutos a la limusina presidencial ya estaba patrullando concienzudamente el trayecto hacia la Casa Blanca. Los agentes del Servicio Secreto vigilaban a los pequeños corrillos congregados a lo largo del camino, algunos de cuyos integrantes agitaban banderas. Habían ido a presenciar la ceremonia de transmisión de poderes, y les contarían a sus nietos que habían visto a Florentina Kane el día que se había convertido en presidenta de los Estados Unidos.

A las 10.59 el mayordomo abrió la puerta de entrada y la multitud empezó a aclamar a las autoridades.

La presidenta electa y su esposo saludaron en dirección a los ojos sonrientes y notaron vagamente que cincuenta personas no les miraban a ellos.

A las 11.00, dos limusinas negras se detuvieron silenciosamente en la entrada norte de la Casa Blanca. La guardia de honor de la Infantería de Marina se cuadró y saludó a los dos ex presidentes y a sus respectivas esposas, quie-

nes fueron recibidos en el pórtico por la presidenta Kane. Éste era un privilegio que sólo se concedía normalmente a los jefes de Estado de otras naciones.

La presidenta guió a sus antecesoras hasta la biblioteca, donde tomarían café con Edward, William y Annabel.

El más viejo de los ex presidentes hablaba de las artes culinarias de su esposa:

—Hace siglos que no ensucia una sartén, pero va mejorando día a día. Para mayor seguridad, le he regalado un ejemplar del *New York Times Cook Book*, una de las pocas cosas publicadas por ellos en donde no me critican.

Florentina Kane estaba nerviosa. Quería completar los trámites, pero sabía que a los ex presidentes les gustaba estar de nuevo en la Casa Blanca, y simuló escuchar atentamente, con una máscara que se había convertido en su segunda personalidad al cabo de actuar casi veinte años en la vida política.

—Señora presidenta —Kane tuvo que reaccionar rápidamente para evitar que alguien pudiera notar la reacción instintiva que habían despertado en ella esas dos palabras—. Son las doce y un minuto.

Kane miró a su secretaria de Prensa, abandonó su silla y condujo a los ex presidentes y a sus esposas hasta la escalinata de la Casa Blanca. La banda de Infantería de Marina tocó por última vez los acordes del *Hail to the Chief*. A la una volvería a tocarlos por primera vez.

Los dos ex presidentes fueron escoltados hasta el primer coche de la caravana, una limusina negra, con techo semiesférico, a prueba de balas. El presidente de la Cámara de Representantes, Jim Wright, y el jefe de la mayoría del Senado, Robert Byrd, ya estaban sentados en un coche presidencial, como representación del Congreso. Directamente detrás de la limusina aguardaban dos coches cargados con agentes del Servicio Secreto. Florentina y Edward ocuparon el quinto coche de la comitiva. El vice-

presidente Bradley, de Nueva Jersey, y su mujer viajaban en el coche siguiente.

H. Stuart Knight practicaba otra verificación de rutina. Ahora sus cincuenta hombres se habían convertido en cien. A mediodía, incluyendo la policía local y el contingente del FBI, habría quinientos. Sin incluir a los agentes de la CIA, pensó Knight, consternado. Ciertamente no le habían informado si estarían allí o no, y ni siquiera él podría distinguirlos siempre en medio de la multitud. Oyó cómo los vítores de los espectadores alcanzaban su apogeo cuando la limusina presidencial arrancó rumbo al Capitolio.

Edward conversaba cordialmente, pero los pensamientos de Florentina Kane estaban en otra parte. Saludaba mecánicamente a las multitudes que flanqueaban Pennsylvania Avenue, pero pensaba en otras cosas... Quedaron atrás el hotel Williard, renovado; siete edificios de oficinas en construcción; las unidades de vivienda escalonadas que parecían casas indias excavadas en la montaña; las nuevas tiendas y restaurantes y las anchas aceras decoradas con plantas. El Edificio J. Edgar Hoover, sede del FBI, todavía bautizado así en homenaje a su primer director, no obstante, los esfuerzos de algunos senadores que habían querido cambiarle el nombre. Cómo se había transformado esa calle en quince años.

Se aproximaban al Capitolio y Edward interrumpió las divagaciones de la presidenta electa.

—Que Dios te ayude, querida.

Florentina sonrió de manera muy afectuosa y tomó la mano de él. Los seis coches se detuvieron.

Kane entró en el Capitolio por la planta baja. Edward esperó un momento para darle las gracias al chófer. Los ocupantes de los otros coches, que estaban rodeados por agentes del Servicio Secreto y saludaban a la multitud, se encaminaron por separado hacia sus asientos situados en la plataforma. Mientras tanto, el ujier mayor conducía si-

lenciosamente a Kane por el túnel que desembocaba en el área de recepción. Los infantes de Marina saludaban cada diez pasos. Al final del recorrido la saludó el vicepresidente electo, Bradley, y entablaron una conversación insustancial. Ninguno de los dos escuchaba las respuestas del otro.

Los dos ex presidentes salieron del túnel sonriendo. Por primera vez, el mayor de ellos aparentaba la edad que realmente tenía; su cabello había encanecido de repente. Nuevamente, él y Florentina cumplieron la formalidad de estrecharse la mano, formalidad que habrían de repetir aún siete veces en el curso de la jornada. El ujier mayor guió a ambos hasta la plataforma, pasando por una pequeña sala de recepción. Para esta transmisión de poderes, como para todas las otras, se había erigido una plataforma circunstancial sobre la escalinata este del Capitolio. Las multitudes se pusieron en pie y vitorearon durante varios segundos mientras la presidenta y sus antecesores en el cargo saludaban agitando la mano. Finalmente, se sentaron y aguardaron el inicio de la ceremonia.

—Conciudadanos, asumo la presidencia en circunstancias en que los Estados Unidos enfrentan grandes y amenazadores problemas en todo el mundo. En Sudáfrica, negros y blancos se baten en una despiadada guerra civil; en el Oriente Medio están reparándose los estragos de la guerra del año pasado, pero ambos bandos se dedican a reconstruir sus arsenales y no sus escuelas y granjas. Sobre las fronteras que separan a China de la India, y a Rusia de Pakistán, subsiste una latente amenaza de guerra entre cuatro de las naciones más populosas y poderosas del mundo. América del Sur oscila entre la extrema derecha y la extrema izquierda, pero ninguno de los extremos parece estar en condiciones de mejorar el nivel de vida de sus

pueblos. También nuestra alianza con la OTAN corre peligro...

»En 1949, el presidente Harry S. Truman anunció que los Estados Unidos estaban dispuestos a defender con todo su poderío y sus recursos a las fuerzas de la libertad, en cualquier lugar donde se vieran amenazadas. Hoy, algunos dirán que este acto de generosidad ha culminado en el fracaso, que los Estados Unidos eran, y son, demasiado débiles para asumir todo el peso que entraña el liderazgo mundial. Frente a las reiteradas crisis internacionales, cualquier ciudadano norteamericano tiene derecho a preguntarse por qué habríamos de interesarnos por lo que sucede tan lejos de los Estados Unidos, y por qué habríamos de sentirnos responsables por la defensa de la libertad fuera de nuestro país.

»No necesito contestar estos interrogantes con mis propias palabras. "Nadie es una isla —escribió John Donne hace dos siglos y medio—. Todo hombre forma parte de un continente". Los Estados Unidos se extienden desde el Atlántico hasta el Pacífico y desde el Ártico hasta el Ecuador. "Estoy comprometido con la Humanidad, y en consecuencia nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti".

A Edward le gustaba esa parte del discurso; expresaba sus propios sentimientos. Se había preguntado, empero, si la audiencia reaccionaría con el mismo entusiasmo con que había acogido los arranques de retórica de Kane en el pasado. La ovación atronadora que llegó hasta sus oídos en oleadas sucesivas le tranquilizó. El hechizo seguía surtiendo efecto.

—En nuestro país, crearemos un servicio médico que despertará la envidia de todo el mundo. Todos los ciudadanos gozarán de idénticas oportunidades para disfrutar del mejor asesoramiento y la mejor asistencia en el campo de la medicina. No debemos permitir que ningún norteamericano muera porque no puede pagarse el lujo de vivir.